

LA DIALECTICA DIDACTICA DE TOMAS CARRASQUILLA EN *SAN ANTOÑITO*

Un importante sector de los cuentos de Tomás Carrasquilla está dedicado a la observación de los niños y del sentimiento religioso. Estas dos temáticas, sin embargo, confluyen hacia una más amplia e inclusiva: el estudio de personalidades guiadas en su acción por una idea fija, única y obsesiva. Al trazar esta problemática fundamental de la obra del autor colombiano, el profesor Kurt Levy dice:

Cuando los hipersensitivos caracteres infantiles de Carrasquilla crecen, desarrollan idiosincrasias que colindan con lo obsesivo y aun con lo neurótico. Son vidas regidas por deseos avasallantes que necesitan satisfacer. Algunos son sórdidamente materialistas; otros alcanzan la esfera de los ideales y toman un tinte espiritual. Atractivos o repugnantes despiertan interés psicológico; las reacciones normales de la mediocridad ambiente sirven para relieves la naturaleza básicamente destructora de su debilidad. Sin duda este último aspecto tenía ya en la mente nuestro autor cuando indagaba en las obsesiones que incapacitan para una estimación objetiva de los valores¹.

La narrativa de Tomás Carrasquilla desarrolla un motivo central en la escuela realista: la confrontación de las esferas subjetiva y objetiva de la realidad en términos de acción verdadera. El hombre es concebido primordialmente como ser de acción, que debe manipular las objetividades existentes fuera de su conciencia. El requisito de toda actuación exitosa es una adecuada interpretación de los hechos objetivos, de manera tal que se respete su naturaleza y se contemple el mayor nú-

¹ KURT L. LEVY, *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*, Medellín, Editorial Bedout, 1958, pág. 139.

mero de posibilidades de manipulación que ofrezca la manera de ser de esos objetos. Esto implica restringir el deseo a los límites de acción ofrecidos por las objetividades enfrentadas. Proyectar e imponer sobre ellas una concepción apriorista única, no basada en el análisis, equivale a distorsionar la realidad y reducir desastrosamente los múltiples cursos de actuación del hombre en el mundo. Este es el origen del trágico fin de Blanca, en el cuento homónimo; de Juana Barrameda de Samudio en *Grandeza* y de Ceferino Guadalete en *Superhombre*, entre otros personajes del escritor antioqueño.

En su tratamiento de la obsesión, Tomás Carrasquilla mostró una didáctica que busca expandir los estrechos marcos de acción a que se someten los seres motivados por la idea fija, por el análisis parcial. Su narrativa señala las múltiples posibilidades de examen de la realidad, postergadas por personajes en quienes predomina un juicio subjetivista. Con esto se complementa un cuadro comprensivo que debe ser considerado como guía de acción humana. Esta orientación didáctica se hace presente en *San Antoñito* (1899), uno de los cuentos más conocidos de Carrasquilla. Nuestro trabajo busca mostrar el uso dado en él al punto de vista para mejor comunicar su propósito didáctico.

La corrección del error en *San Antoñito* se da como un conflicto dialéctico entre los valores asentados en el mundo narrado y los que asisten al narrador. El mundo representado es conocido en un proceso en que ciertas objetividades son filtradas a través de un conjunto de valores poseídos por quien las comunica. En esta forma, el sistema de valores del narrador adquiere categoría de paradigma objetivo. Por ello los errores cometidos en un mundo gobernado por vicios mentales que resultan en acción falsa son reconocidos como tales errores, y es posible determinar el grado de desviación de la verdad. Todo esto es concretado mediante una técnica narrativa que ha ganado a Tomás Carrasquilla su reputación como gran maestro del realismo hispanoamericano.

El mundo ficticio del cuento está organizado mediante una acción dramática: Aguedita Paz, "una criatura entregada

a Dios y a su santo servicio”², traba amistad con Damiancito Rada, mocoso que compromete su cariño. El aspecto santurrón del muchacho hace fuerte impacto en su vocación de “monja fracasada”, como para que surja en ella la voluntad de hacerlo sacerdote:

Prendas tan peregrinas como edificantes, fueron poderosas a que Aguedita, merced a sus videncias e inspiraciones, llegase a adivinar en Damián Rada no un curita de misa y olla, sino un doctor de la Iglesia, mitrado cuando menos, que en tiempos no muy lejanos había de refulgir cual astro de sabiduría y santidad para honra y santificación de Dios (pág. 571).

La intuición del carácter de Damián impulsa a Agueda a desplegar intensa actividad para superar la pobreza del niño y enviarlo al Seminario de la ciudad. Enseña tejido a Damián y organiza ventas de beneficio en bazares de caridad. Como motor de la actividad que haría cura al muchacho, su acción parece marchar a la solución cuando obtiene alojamiento para su protegido en casa de las señoras Del Pino, amistades suyas de Medellín. Con esto se inicia una segunda etapa en la acción dramática, en que las Del Pino pasan a ser portadoras de la voluntad expresada inicialmente por Agueda. Doña Pacha hace piadosas diligencias ante el Rector del seminario para conseguir una beca a su pupilo. Fracasa. Sin desmayar, obtiene la ayuda de otra piadosa dama, doña Rebeca Inostroza de Gardeazábal, quien financia la alimentación del santico. La sagrada causa prospera con la ayuda de los huéspedes de las Del Pino y sus contribuciones de libros, ropa y zapatos. La evidente santidad de Damiancito abría todas las puertas. Encariñadas con sus modales respetuosos y su castidad — Damián jamás había mirado siquiera a la Candelaria, protegida de las Del Pino —, el muchacho se hace parte importante del hogar de las señoras, para su pío gozo. Damiancito se entregaba a ejercicios religiosos, meditaciones sacras, a los altos es-

² TOMÁS CARRASQUILLA, *San Antoñito*, en *Obras completas*, t. I, Medellín, Editorial Bedout, 1958, pág. 571. En adelante señalamos la página correspondiente junto con el texto.

tudios: “vertía del latín al romance y del romance al latín ahora a Cornelio Nepote y tal cual miaja de Cicerón, ahora a San Juan de la Cruz, cuya serenidad hispánica remansaba en unos hiperbatones [sic] dignos de Horacio Flaco. Probablemente Damiancito sería con el tiempo un Caro número dos” (pág. 574). Su sabiduría era completada por la atmósfera de santidad que rodeaba su cuerpo frágil:

La cabecera de su casta camita era un puro pegote de cromos y medallas, de registros y estampitas, a cuál más religioso. Allí Nuestra Señora del Perpetuo, con su rostro flacucho, tan parecido al del seminarista; allí Martín de Porres, que armado de su escoba representaba la negrería del Cielo; allí Bernardette, de rodillas ante la blanca aparición; allí copones entre nubes, ramos de uvas y gavillas de espigas, y el escapulario del Sagrado Corazón, de alto relieve, destacaba su chorrerón de sangre sobre el blanco disco de franela (pág. 574).

Las Del Pino compensaban la falta de comprensión del Rector del Seminario, que seguía negando la beca, mimando a Damián y regalando su cuerpo endeble, depositario de tanta perfección: los mejores alimentos, el mejor lecho. Pasado el primer año de estudios, llegadas las vacaciones, Fulgencita y Pacha no pudieron resistir la perspectiva de separarse del niño, quien volvería al hogar de sus padres. Deseoso de satisfacer a sus protectoras, Damiancito, en un gesto de dadivosidad que le hacía honor, opta por quedarse junto a ellas. Tampoco se separaron de él el verano siguiente, y consiguieron venia de los padres para que residiera con ellas. Los viejecitos, pobres campesinos, accedieron, llorando de alegría ante la perspectiva de verse progenitores de un cura de la Iglesia de Dios.

El providencial parentesco de doña Débora de Córdoba con el Rector, pareció allanar el camino final para la obtención de una beca, refuerzo que llevaría, sin duda, a Damián al sacerdocio. Piadosa dama, ella también, doña Débora no perdió tiempo en ayudar a la santa causa. Pronto vuelve de su diligencia . . . y el velo de la verdad cae: en los años que Damiancito había permanecido con las Del Pino, jamás había pisado las puertas del Seminario. Certificados de estudio, calificaciones de certámenes, todo era parte de una falsificación y

una farsa. Juancho, pensionista de las Del Pino, llama al Seminario para comprobar los hechos, y, atestiguada la verdad, resume la situación:

— Nos co-mió el se-bo el pen-de-je-te!

Descomunamente herida en su amor propio, Pacha es a duras penas contenida en su ira vengativa. Prevalece la caridad cristiana, y ese día Damián recibe un opíparo almuerzo; pero de allí en adelante los pequeños y grandes privilegios terminarían. Durante la comida, Damián, que nada sabe, nota la nueva atmósfera hacia él, y procede a escapar . . . con Candelaria:

A la mañana siguiente, cuando Fulgencita arreglaba el cuarto del malvado, encontró una alpargata inmunda de las que él usaba; y al recogerla cayó de sus ojos, como el perdón divino sobre el crimen, una lágrima nítida, diáfana, entrañable (pág. 577).

La acción dramática en *San Antoñito* muestra la adecuación de voluntad, acción, perseverancia, fidelidad a una causa que es impuesta por los valores religiosos que sustentan los personajes, como principio que rige su existencia. El estrato de las objetividades es mostrado como mundo poseedor de valores que llevan al error.

Pero ahora examinemos la actitud del narrador frente a este mundo. Una de las características más notables del modo narrativo en el cuento es que su mundo es percibido a través de lo que Percy Lubbock llamaría "narración pictórica"³. En otras palabras, existe un narrador omnisciente cuya preocupación fundamental no es relatar su percepción directa de las objetividades; su labor consiste en observarlas a través de las conciencias de los personajes que contemplan la figura, personalidad y actos del muchacho llamado Damiancito Rada. Sólo en contadas ocasiones, aunque de gran importancia, el

³ PERCY LUBBOCK, *The Craft of Fiction*, New York, The Viking Press, 1964, capítulo v.

narrador omnisciente describe la figura del muchacho tal como se presenta a sus ojos:

Y como el perfume de las virtudes y el olor de santidad siempre tuvieron tanta magia, Damián, con ser un bicho raquítico, arrugado y enteco, aviejado y paliducho de rostro; muy rodillijunto y patiabierdo, muy contraído de pecho y maletón, con una figurilla que más parecía de feto que de muchacho, resultó hasta bonito e interesante (pág. 572).

Notemos que esa visión esboza, con objetividad, la forma biológica de Damián; las referencias a las "virtudes", "el olor de santidad" indican la percepción de los otros personajes. La objetividad del narrador omnisciente contrasta con la imagen que los diferentes personajes y sectores sociales se han formado de él. Agueda Paz, iniciadora de la acción que buscaba como objetivo hacerlo sacerdote, lo veía de este modo:

Sobre tan buenas partes, era Damiancito sumamente rezandero y edificante, comulgador insigne, aplicado como él solo dentro y fuera de la escuela, de carácter sumiso, dulzarrón y recatado; enemigo de los juegos estruendosos de la chiquillería, y muy dado a enfrascarse en *La monja santa*, *Práctica de amor a Jesucristo* y en otros libros no menos piadosos y embebecadores (pág. 571).

Gracias a la vigorosa actividad de la "monja fracasada" y la exitosa recolección de dinero para la educación sacerdotal de Damián, el muchacho asumió la siguiente imagen, ahora en la conciencia de "el mujerío y gentes piadosas":

El prestigio de tal dineral; la fama de las virtudes de Damián, que ya por ese entonces llenaba los ámbitos de la parroquia, la fealdad casi ascética y decididamente eclesiástica del beneficiado formáronle aureola, especialmente entre el mujerío y gentes piadosas. "El curita de Aguedita" llamábalo todo el mundo, y en mucho tiempo no se habló de otra cosa que de sus virtudes, austeridades y penitencias (pág. 572).

Gradualmente, en círculos concéntricos que se expanden, el contagio de idealización religiosa de Damián crece. En esta ocasión es el turno de todo el pueblo:

Unas leñadoras contaban haberle visto metido entre una barranca, arrodillado y compungido, dándose golpes de pecho con una mano

de moler. Quién aseguraba que en paraje muy remoto y umbrío había hecho una cruz de sauce y que en ella se crucificaba horas enteras a cuero pelado, y nadie lo dudaba, pues Damián volvía ojeroso, macilento, de los éxtasis y crucifixiones. En fin, que Damiancito vino a ser el santo de la parroquia, el pararrayos que libraba a tanta gente mala de las cóleras divinas. A las señoras limosneras se les hizo preciso que su óbolo pasara por las manos de Damián, y todos a una le pedían que les metiese en parte en sus santas oraciones (pág. 572).

En Medellín, las Del Pino y todos los huéspedes de su casa de pensión sufren idéntico proceso:

No habían transcurrido tres meses, y ya Damiancito era dueño del corazón de sus patronas, y propietario en el de los pupilos y en el de cuanto huésped arrimaba a aquella casa de asistencia tan popular en Medellín. Eso era un contagio.

Lo que más encantaba a las señoras era aquella parajura de genio; aquella sonrisa, mucca celeste, que ni aún en el sueño despintaba Damiancito; aquella cosa allá, indefinible, de ángel raquíptico y enfermizo, que hasta a esos dientes podridos y desaparejos daba un destello de algo ebúrneo, nacarino; aquel filtrarse la luz del alma por los ojos, por los poros de ese muchacho tan feo al par que tan hermoso (pág. 573).

Observando a Fulgencia y Pacha, el narrador comenta: “Mientras que Doña Pacha fantaseaba sobre las excelsitudes morales de Damián, Fulgencita se daba a mimarle el cuerpo endeble que aprisionaba aquella alma apenas comparable al cubrecama consabido” (pág. 574).

Es muy evidente el hecho de que nunca el narrador hace uso de su omnisciencia para revelar los pensamientos de Damián. El muchacho es nada más que un objeto de observación externa. En diferentes lugares de la narración se dan rápidos comentarios provenientes de la objetividad del narrador omnisciente, quien hace énfasis en los aspectos biológicos del mundo observado. Ellos hacen de contrapunto a la idealización de Damián por los personajes que lo contemplan “religiosamente”. En cuanto a las relaciones de Agueda y Damián, observa: [en Damián] “vino a cifrar la buena señora un cariño tierno a la vez que extravagante, harto raro por cierto en gentes célibes y devotas” (pág. 571). La sugerencia de una

sexualidad reprimida en la amistad de las mujeres con el muchacho es también señalada cuando recrudescen los mimos que Fulgencia tiene por Damián: "Doña Pacha, en su misma adhesión al santico, se alarmaba a menudo con los mimos y ajonjeos de Fulgencia, pareciéndole un tanto sensuales y anti-ascéticos tales refinamientos y tabaqueos" (pág. 574).

El frecuente contrapunto de percepciones de un mismo centro de atención, Damiancito Rada, significa una confrontación de valores y capacidades para entrar en contacto con la realidad en términos de verdad. Los valores conflictivos son aquellos que caracterizan el espacio provinciano: los de una religiosidad que distorsiona la percepción de la realidad con la imposición de una emotividad que puede calificarse como beatería, o religiosidad mal entendida. La beatería impide que esos personajes representativos de lo provinciano perciban la verdadera personalidad de Damián: un muchacho adolescente —de quince años— con un conjunto de necesidades fisiológicas por satisfacer, cuyos aparentes arranques eruditos y místicos podrían provenir de la mala salud o de la intención de engañar para satisfacer esas necesidades. La objetividad del narrador hace resaltar esos aspectos, sugiriendo la verdadera motivación de las solteronas y el muchacho. En esa objetividad, el narrador se atiene a la contemplación de Damián en cuanto a su cuerpo, su salud, su edad, sus reacciones físicas ante estímulos del medio. Es decir, con una visión empírica de la personalidad del muchacho evita la equivocación apriorista y subjetiva de los personajes, quienes imponen su distorsionada religiosidad sobre Damián, y hacen de su subjetivismo la base de su actuación.

De este juego dialéctico de valores asentados en el espacio provinciano y en el narrador omnisciente, proviene la comprensión de las leyes que ordenan el actuar de esos seres equivocados: la beatería los ciega ante la realidad. Al apriorismo beato, el narrador opone su empirismo, y de la síntesis de ambas visiones surge la verdad y la demostración de las causas del error en que terminan sus acciones, para beneficio del receptor.

HERNÁN VIDAL.

University of Virginia.